

Garbos, y las Bankheads y los Barrymore: Salud, Popeye, desde el momento en que, junto a las letras titulares del celuloide, se oye la musiquilla consabida y el vozarrón que dice: *I'm a sailor man...*

El Sarre, decidido.

□ Hace unos meses, decía Pierre Hamp, en una encuesta sobre las posibles o probables determinaciones de la cuestión sarrense: «El Sarre es un país alemánico de conciencia alemana, de la misma manera que Alsacia es un país alemánico de conciencia francesa. La observación, muy sincera e independiente, obedecía a la tesitura francesa en la debatida cuestión, Francia se dió cuenta, desde el primer momento en que Knox se encargó de establecer los procedimientos del plebiscito, de que el Sarre no quedaría francés. Se oponían, dentro de la región, el *Deutschfront* de Hermann Rochling y el *Saarfront*, de Marx Braun. No había otros partidos que tomar ni otros límites en que encuadrarse. Francia, para los del *Saarfront*, era una banderola, un señuelo, pero jamás el fin determinado de una idea política. Existían en el Sarre tipos que se delimitaban en uno u otro de los frentes; y en el opuesto al Reich y a Hitler, caían los sarrenses y alemanes que no se hallaban a gusto con el régimen nazi o los que habían recibido de éste algún desaguisado. El *Social-demokrat* que llegaba a Sarrebruck huyendo desde un campo de concentración, lo primero que hacía era mostrar en la plaza pública los cardenales y trallazos del látigo de los adolescentes de Heines o los animaluchos de Hesse, y afiliarse al frente de Braun.

Pero los naxis, que saben cultivar el campo, habían erigido a su héroe. Como Horst Vessel es el héroe alemán por excelencia, el héroe sarrense era (y es), Schalgeter. El mito Schalgeter, divinizado, muerto por los franceses, flor y nata del Sarre alemán, produjo sus efectos. Los centenares de sarrenses que se

inclinaban hacia Francia, considerados por Hitler como traidores a la patria, tenían que defender a rompe y rasga su posición. Y el resto de Alemania, toda Alemania menos el Sarre, veía en Sarrebruck—dice Pierre Hamp— lo que los franceses vieron durante muchos años en Strasbourg. Una herida, un robo, un goce de bienes ajenos.

La entrada de Hitler en Sarrebruck era un sueño para los pangermanistas. El general Hermann Goering se pondría (¿se lo habrá puesto?) en esa ocasión, el más bello de sus uniformes. Algo así como lo que cuenta la anécdota, que puede ser un intermedio cómico en estas exposiciones; Adolfo Hitler asistía a una representación de *Siegfried*. El tenor interpretó su papel de una manera tan racial, que el *Reichsführer* le invitó a su palco para felicitarle. El artista se presentó en gran indumentaria wagneriana, un pájaro de nickel sobre la cabeza, túnica de terciopelo, espada flamígera. Intimidado, se quedó en la penumbra del antepalco. Hitler, que le veía mal y esperaba a Goering, exclamó: «Ah!, Hermann! Te has ideado un nuevo uniforme!»,... El sueño de Goering para entrar en el Sarre debió intensificar la propaganda.

G. H. Knox, encargado, como presidente de la Comisión, de velar por el trazado y la efectividad del plebiscito, es un inglés pacífico y campechano, que deseaba con todas sus veras que el asunto terminara. Odiado por los alemanes, el más feliz de que el Sarre se decidiera, sería el propio Knox. Mientras se llevaban a cabo las primeras andadas de la organización para el voto, el pueblo del Sarre se dedicaba a leer los periódicos de la región: 38 diarios, todos ellos de propaganda, la mayoría pagados por el gobierno del Reich, unos cuantos por los antihitleristas y solo uno por los franceses. Por meses—dice el «Saturday Evening Post»— no se hizo sino leer. Ni una piedra fué puesta, ni un crédito abierto o aceptado, ni un céntimo colocado en negocios nuevos. Lo que había, lo que marchaba, seguía haciéndolo por inercia. Quinientos judíos empaquetaban para largarse

en el momento en que amaneciera el 13 de enero. Un par de diarios que se dedicaron a combatir demasiado virulentamente a Hitler, fueron suprimidos.

Antes de la votación, los favorables a Hitler, aun en el caso de que el Sarre pasara a Francia, no tenían nada que temer. Los contrarios, tenían que temer bastante. La cuestión, desde un punto de vista multitudinario, no ofrecía dudas. Y sin embargo, las svásticas pudieron más.

Llegaron las Navidades. Sarrebruck lucía por sus calles un pueblo amorfo, mezclado a gritos de *Heil Hitler!*; ya los soldados ingleses que llevaban en carretillas sus árboles de Noel para celebrar dignamente la fiesta. Los soldados suecos escuchaban por radio la misa solemne, que se celebraba en Estocolmo. Ya se sabían los pasos inmediatamente posteriores. Los franceses, industriales o comerciantes, se trasladaban a Metz; los judíos, a donde pudieran; Knox cuidaba bien de cumplir con su deber. Veinte días inciertos, pero con una incertidumbre muy limitada: los frentes contrarios a Hitler apenas hacían campaña. Los hitleristas arreciaban en la suya. Y el 13 de enero de 1935, el Sarre pasaba a Alemania. ¿Pasaba a Alemania?... Oh!, por desgracia, todavía no está claro el asunto. Hay algunas cláusulas obscuras que poner en claro, en tratados antiguos, más antiguos, más antiguos de lo que parecen, pero vigentes y luchando por su vigencia.

Autobiografías

□ Renacen. André Gide, las reinició en Francia. «Si le grain ne meurt...» Pero Duhamel, combatió, certeramente, la sinceridad de este género en sus «Remarques sur les mémoires imaginaires». En estos últimos meses, son los anglosajones los que nos hacen poner la atención sobre la autobiografía. Cabe citar como precedente a Gertrude Stein, la norteamericana francófila, que en «The Autobiography of Alice B. Toklas», narra, a